

1989

Ilan Stavans sobre Flora H. Schiminovich: *La obra de Macedonio Fernández. Una lectura surrealista*

Ilan Stavans

Citas recomendadas

Stavans, Ilan (Primavera 1989) "Ilan Stavans sobre Flora H. Schiminovich: *La obra de Macedonio Fernández. Una lectura surrealista*," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 29, Article 36.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss29/36>

Flora H. Schlimnovich, *La obra de Macedonio Fernández. Una lectura surrealista.* Madrid: Editorial Pilegos, 1986, 229 páginas.

¿Quién fue Macedonio Fernández? Un enigma: el espíritu de mil hombres en uno, un metafísico anti-Kantiano, un malparado abogado y un fiscal mordido por una serpiente, un viudo renuente y un padre peor, un autodidacta, un poeta soñador que *vivía en amor, en poesía, en libertad, en fantasía*, el ávido lector porteño de Stuart Mill, William James y Herbert Spencer, el novelista de la auto-referencialidad dispersa, ese sujeto amorfo, extraviado en su siglo, que presenció al Modernismo de Darfo sin suscribirlo, que fue vanguardista sin vanguardia, que pudo ser alumno y maestro de Borges. Sus fechas: 1874-1952, suficiente tiempo para publicar en tan heterogéneas revistas como *El progreso* (periódico dirigido por un pariente, Octavio Acevedo), *La montaña* (socialista), *Martín Fierro* y *Proa* (ultraístas, donde lo acompañaban Leopoldo Marechal, Luis Bernádez, Oliveiro Gironde y Borges); tiempo de sobra para empatizar con Gómez de la Serna, Lugones, Silvina Ocampo, Borges, González Lanuza, Bloy Casares, y ser alabado por Juan Ramón Jiménez; tiempo, también, para fallecer sin ser alguien, siendo siempre la sombra de otros y sin haber visto el grueso del opus personal impreso — para morir, entonces, como escritor de postumaciones. Sus *Adriana Buenos Aires* (1974), última novela mala, y *Museo de la novela de la eterna* (1967), son libros claves pero no felices. Y es que Macedonio Fernández fue eslabón, precursor, clave — nunca escritor indispensable. Su obra se rompió en mil pedazos, en mil sueños y revoluciones.

Flora H. Schiminovich, igual que Germán Leopoldo García (1975), Jo Anne Engelbert (1978), Naomi Lindstrom (1981) y Alicia Borinsky (1987), ha querido desentrañar el enigma que fue ese bonaerense tímido e inmenso. *La obra de Macedonio Fernández* está dividida en V secciones: una nota biográfica (págs. 13-42); su contexto artístico i.e., pertenencias al vanguardismo, expresionismo, futurismo, dadaísmo, surrealismo, ultraísmo, martinfierrismo y demás-ismos (págs. 43-70); el *weltanschauung* de Macedonio, tal como se materializa en la postura estética del *Belarte* (págs. 71-121); sus poemas a Elena, a la "Siesta" y la "Luna" como expresión del *Belarte* (págs. 124-160); y sus constantes surrealistas (págs. 163-204). El libro queda como una síntesis crítica, a la vez panorámica y auscultativa. Tiene, además, una sección bibliográfica (págs. 210-229) que se probará indispensable para el futuro.

Un aporte: Schiminovich investiga la estructuración dialéctica del arte macedoniano y ofrece un modelo aerodinámico, versátil y claro, el más coherente que conozco a la fecha, del *Belarte*, tanto por *lo que no es* (págs. 73-87) como por *lo que sí es* (págs. 87-94). Concluye que el *Belarte* es un *acto de rechazo del arte que denota lo referencial o mimético y (...) una afirmación del proceso de la escritura por medio de una continua reflexión sobre el hecho literario en sí* (pág. 205). Es decir, Macedonio Fernández, ante los ojos de Schiminovich, es maestro de lo meta-narrativo — la literatura que se muerde la cola, aquélla que mira que se mira en el espejo.

Otra contribución: si bien una intentona de lectura surrealista ya había sido emprendida antes (María Rosa Pereda, Emir Rodríguez Monegal), jamás había sido concienzuda, sistemática o velada. Schiminovich discute temas como el humor, la eternidad, el amor (de forma ejemplar), la libertad y el metalenguaje, empatizando a Macedonio con aquel ímpetu de Aragón, Breton, Jarry, el ímpetu surrealista. Como resultado, la poesía de Macedonio emerge repleta de deseo y pasión, vaso comunicante entre Francia y la vanguardia latinoamericana.

Tercer aporte: tangencialmente, *La obra de macedonio Fernández* señala elementos fantásticos ("Un paciente en disminución"), estrategias circulares y auto-críticas que comprueban lo ya antes dicho por Néstor García Canclini: Cortázar y Borges fueron, sin duda, los mejores lectores de Macedonio Fernández.

Hombre politonal, profundo. ¿Quién fue ése que escribió prólogos—novelas, que aventuró escenarios donde lector y actor son roles idénticos? Flora H. Schiminovich ha regalado este bosquejo admirable, condescendiente, amable retrato del escritor-piedra angular que, como Shakespeare, deseó ser muchos y nadie.

Ilán Stavans
Columbia University